

dre una carta afectuosa, que se terminaba por algunas líneas alegres y cariñosas dirigidas á Angela.

## IV

## Sacrificio

El año se pasó pronto, porque nada hace tan ligero al tiempo, como la regularidad.

Entre el *Angelus* de la mañana, alegrado con el himno de las alondras y de los ruiseñores, y el de la noche que sonaba al volver los rebaños de la campiña, y al aparecer las primeras estrellas en el cielo; entre estas dos horas la del despertar y la del reposo, todas las horas estaban encadenadas en Marmontier por una marcha regular de estudio y de descanso: el rezo y el trabajo las consagraban alternativamente y arrojaban al fastidio, ese huésped importuno de los días vacíos y de las existencias ociosas.

Valentina y Germana se hallaban felices, como lo habían dicho á su padre; no obstante, la segunda, cuando llegaron los largos

días del verano, empezó, según costumbre de las pensionistas, á mirar las columnas del almanaque, á contar cada día que pasaba y los que faltaban aún para que llegasen las vacaciones.

El mes de agosto le pareció prodigiosamente largo, y por la primera vez vió llegar con alegría los primeros matices que anuncian la llegada del otoño.

En fin, la fecha anhelada llegó: las pensionistas cambiaron sus adioses: algunas se despidieron más larga y más tristemente, porque ya no debían volver á Marmontier.

—No lloréis,—decían las que se quedaban:—quizá nos encontraremos en el mundo: ¿quién sabe?

Otras se despidieron con el alegre: ¡hasta la vista! Estas debían volver á las pocas semanas.

Las religiosas las abrazaban, les daban mil consejos, recibían sus promesas de ser buenas; y en medio de este tumulto, una sirvienta dijo á Germana y á Valentina estas dulces palabras:

—Señoritas, vuestro señor padre os espera en el salón.

Las dos niñas echaron á correr; su padre las abrazó con su ternura acostumbrada.

—¿Y mamá?—preguntaron á la vez las gemelas.

—Os espera, hijas mías, y con mucha impaciencia; ya sabéis que el carruaje la fatiga y por eso no ha venido también á buscaros: ¡ea! ¡en marcha!

Las dos niñas abrazaron á las buenas religiosas, que las despidieron con mil caricias, y las acompañaron hasta el carruaje.

—¡Ah! ¡qué dicha!—exclamó Valentina saltando ligeramente al cabriolé.

El camino les pareció delicioso: á un lado distinguieron el faro de la roca Corbón, y al pie la casa de sus padres que se destacaba blanca y graciosa sobre un fondo de verdura.

—Ya váis á estar en vuestra casa, señoritas,—les dijo su padre mirándolas con ternura,—¿ois á nuestro viejo *Galaór* que quiere ladrar para festejar vuestra llegada?

—¡Cómo me late el corazón!—dijo Germana apoyando su rubia cabeza en el hombro de su padre;—¡y qué bueno es volver á su casa!

—Mejor hubiera sido no salir de ella,—repuso Valentina.

—Si no hubiéramos salido no estaríamos ahora tan contentas, hermana mía.

Mr. Darboys oía á sus hijas con un sentimiento de tristeza; pero hizo un violento esfuerzo para que no lo conociesen; y apresurando el paso del caballo, algunos instantes después entró triunfalmente en el castillo de la Richardier.

Madama Darboys esperaba á sus hijas en el peristilo: el recibimiento que las hizo fue tierno y afectuoso. Susana, joven aún, bella y conservando una distinción perfecta y una graciosa coquetería, adoraba á su marido, era virtuosa y quería tiernamente á sus dos

gemelas: pero idolatraba á la menor sobre todas las cosas y todos los intereses de su vida. Para Angela guardaba todas sus simpatías, todas sus ternuras y todas sus sonrisas.

Sin embargo, abrazó mil veces á las adolescentes y besó con cariño entrañable sus frentes y sus cabellos.

—¡Oh! ¡qué hermosas estáis, hijas mías!—exclamó.—¡Qué talles tan bonitos! ¡qué elegantes maneras! ¡ah! mi Valentina, ¡ya eres casi tan alta como yo! ¡cómo han crecido tus cabellos, Germana! ¡qué hermosos y abundantes rizos de oro! Vamos, cojéos de mi brazo y vamos al salón para que mi digáis lo que habéis aprendido.

La joven madre y las dos gemelas se dirigieron, en efecto, al salón. Angela, muy descontenta, se asió con aire contrariado de la mano de su padre, que las seguía con el rostro radiante.

—Voy á que suban los cofres de estas niñas,—dijo monsieur Darbois cuando hacía ya un cuarto de hora que estaban en el salón,—así que los coloquen en su cuarto que vayan á cambiar de traje.

Madama Darboys, que oía con visible alegría la relación de los progresos de sus hijas en la pensión, quedóse como cortada; pero repuesta enseguida, respondió precipitadamente:

—Hijas mías, ocuparéis la sala encarnada, que está dispuesta á recibirlos.

—Pero ¿y nuestro cuarto?—preguntó Valentina contrariada.

—Angela ha estado enferma; el Médico ordenó que se la cambiase de habitación... Ahora ocupa vuestro antiguo cuarto, y no quisiera desposeerla de él, porque se halla tan contenta...

—Bien está, querida mamá,—repuso Germana con dulzura, mientras sus expresivos ojos se fijaban en los de su hermana para recomendarle la resignación;—donde quiera que nos pongáis estaremos satisfechas.

Mr. Darboys se alejó con aire descontento. No obstante, al volver, la fisonomía alegre de sus hijas le engañó á él mismo, tan perspicaz en esta parte.

Susana había causado á sus hijas un gran dolor: las dos amaban la linda habitación que habían ocupado juntas por espacio de cinco años. Aquella salita encerraba para ellas mil recuerdos de afectos, de juegos y de estudios que les eran comunes: las dos gemelas gustaban de ver el Loira desde su ventana y muchas veces habían seguido con los ojos sus claras corrientes hasta una larga distancia; más de una vez en el dormitorio de Marmontier, en medio de aquellas jóvenes que les eran extrañas, Germana y Valentina habían pensado en su cuartito, retiro querido y apacible donde vivían solas siempre unidas, y del cual gozaban en plena propiedad.

Ahora la propiedad había pasado á otras manos: Angela disfrutaba del inmueble y de los muebles: poco tiempo antes Valentina se hubiera mostrado irritada y Germana hubie-

ra derramado algunas lágrimas; ahora su razón alumbrada por una piadosa enseñanza, su carácter formado por una dulce y acertada disciplina, las hizo someterse, y no quisieron que su vuelta á la casa paterna fuese señalada por las disensiones y la agitación.

Sin embargo, cuando entraron en la sala encarnada, Valentina suspiró y dijo:

—¡Ay! ¿dónde están nuestras preciosas vistas? Aquí no veremos más que las gallinas y las palomas del corral; por cierto que no será muy recreativo.

—¿Qué te importa? Mientras nos dejen juntas, en todas partes estaremos bien: para mí, la primera dicha es verte á mi lado, Valentina.

—Y para mí también: me hace mucha falta mi sabio Mentor; y si hace poco no me hubiera mirado, creo que mamá no hubiera quedado contenta de mí.

—¡Pobre madre! Procuremos hacerla dichosa, Valentina.

Esta conversación fue interrumpida por Angela, que entró como un torbellino, y saltó al cuello de sus hermanas, una después de otra: luego, mirándolas de los pies á la cabeza, exclamó:

—¡Uf! Qué feos son vuestros vestidos negros.

—Es el uniforme del colegio,—dijo Germana,—dentro de tres años le llevarás tú también.

—¡Ni por pienso! ¡No me pondré yo ese vestido de lana y esa gran esclavina!

—¡Verás cómo sí!

—¡Vosotras veréis cómo no!

—Vamos, niña, haz honor á tu nombre y no te enfades,—dijo Germana acariciando su frente y sus cabellos.

—No me enfadaré si me dejáis ver vuestros baules.

—Míralos,—dijo Valentina;—nada contienen de curioso; la *Gramática*, la *Historia sagrada*; nuestros bordados, agujas y útiles de labores, cosas que no te gustan nada.

Las dos hermanas mayores empezaron á arreglar su equipaje en la cómoda y los armarios. Angela lo miraba todo, lo tocaba todo y no cesaba de hacer preguntas.

—¿Qué es esto?—preguntó tomando una cinta de raso violeta.

—Esta cinta sostiene la medalla de los santos ángeles, tus patronos; ven y te la pondré al cuello.

Angela rechazó la cinta que Germana la presentaba y preguntó señalando un voluminoso paquete atado con mucho cuidado:

—¿Y esto, qué es?

—Cuidado con que toques á él.

—¿Es, pues, un secreto?

—Sí, un gran secreto.

—¡Ah! Yo sabré descubrirlo; se lo preguntaré á mamá.

—Ve,—dijo Valentina riéndose:—también nosotras vamos á decírselo.

Las dos hermanas tomaron el paquete misterioso con sumo cuidado, y lo llevaron á la habitación de madama Darboys á quien

dijeron algunas palabras al oído: la madre se levantó sonriendo, tomó el paquete y lo colocó en la tabla más elevada de su armario de vestir. Angela, al ver que nada le decían, se puso mohina y descontenta.

Era, en efecto, un inocente secreto el que contenía el paquete: al día siguiente era San Agustín, santo de su padre, y las dos niñas habían preparado un trabajo, hecho en comunidad y en el cual, según costumbre, sus manos y sus corazones se habían unido: era un elegante copero de terciopelo verde bordado por la mano de Germana. Valentina había pintado dos acuarelas que representaban dos lindas vistas de Marmon-tier, á saber, la gruta y el monasterio de San Martín: estas dos lindísimas vistas ocupaban los dos frentes principales de la caja de terciopelo que encerraba el copero, y este regalo filial estaba destinado á recordar al padre sus hijas ausentes.

Al día siguiente, antes del desayuno, las dos gemelas bajaron al jardín y cortaron un verdadero haz de flores, que, ayudadas por su imaginación viva y llena de fresca, arreglaron en artístico desorden en una canastilla rústica.

—Pondremos el copero en el centro,—dijo Valentina,—en medio de este grupo de rosas y de reseda. Angela presentará la canastilla. Mamá quedará encantada y papá sorprendido.

—Y encantado también,—añadió Germana,—si Angela hace bien lo que le digamos.

Vamos á buscarla y á que repita lo que le estamos enseñando.

Angela no se hallaba en el cuarto de su madre; la estaban vistiendo, operación que sus caprichos hacían siempre bastante larga. Madama Darboys, iniciada en el proyecto que debía hacer brillar á su favorita, se sonrió y dijo á sus hijas:

—Alcanzad el copero de aquel armario donde lo puse y arreglad la canastilla: yo me encargo de decir á Angela lo que ha de hacer... cuando quiere es encantadora...

Germana se alzó sobre la punta de los pies, tomó el paquete y lo dió á Valentina, que exclamó en seguida:

—¡Lo han abierto! ¡Dios mio! ¡todo está echado á perder!

—¡Oh, qué lástima! —añadió Germana, sin poder disimular su pena.

El paquete había sido desatado en efecto: la cubierta de papel desgarrada y la caja de terciopelo asida por manos poco diestras, estaba completamente estropeada; los cristales que cubían las acuarelas aparecieron rotos, la cerradura forzada, el terciopelo y el moaré manchados y sin brillo.

Madama Darboys miraba consternada aquel destrozo, como si una voz secreta le hubiera advertido quién era el autor del delito.

—¿Quién puede haber hecho esto?—murmuró Germana con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Angela!—respondió Valentina, cuyas

mejillas ardían con la llama de la cólera,—acuérdate de su curiosidad de sus amenazas... y por si eso no basta, aquí hay otra prueba.

Valentina, al decir estas palabras, mostró un pedazo de foulard arrancado al delantal de su hermana menor, enganchado á los goznes del armario; y sobre el terciopelo bordado de la caja la impresión de unos deditos que habían dejado una marca negra y muy visible.

—¡Angela comió moras ayer tarde!—prosiguió Valentina.—¡Ella ha manchado esto! ¡Ella nos priva de ofrecer á nuestro padre la memoria que le habíamos preparado!

Germana, silenciosa, miraba á su madre; ésta se hallaba muda y triste; las faltas de su hija predilecta, la necesidad de castigarlas, el sentimiento de las injusticias de que un amor exclusivo y apasionado la hacía culpable, todas estas ideas tristes oprimían su corazón y le causaban un pesar indecible.

—¡Mas papá lo sabrá,—concluyó Valentina,—y le pedirá cuenta de su curiosidad!

—¡No, no!—exclamó Germana.—No entristezcamos este día de fiesta. No seamos causa de que castiguen á Angela.

—¿Te chaceas?—exclamó Valentina.

—Te lo pido como una gracia: ¡silencio, hermana mía!

Jamás Germana había suplicado en vano; como la hija del tirano de Atenas, podía decir á su hermana:

—Dime que sí, ¡tú que no sabes rehusarme nada!

Esta vez, después de un corto debate, triunfó también. Valentina enjugó una lágrima rebelde, y dijo:

—¡Sea así! Angela tendrá todo el honor de la jornada.

—Así debe ser, —añadió Germana riendo,—la niña presentará á papá el canastillo lleno de flores. Mamá le regalará el bello tintero de jaspe, y nosotras...

—Y nosotras, nada...

—Nosotras cantaremos á duo el nocturno que papá no conoce todavía.

Madama Darboys no pudo resistir más, y confundió á las dos gemelas con un solo abrazo.

—¡Ah, hijas mías!—exclamó,—¡qué buenas y amables sois! Os doy gracias por Angela, y os prometo que la reñiré mucho...

Las dos hermanas salieron llevando una triste sonrisa en los labios.

La canastilla tuvo un gran éxito; el nocturno fue escuchado con gran placer. Angela estaba sentada en las rodillas de su padre; las dos gemelas, de pie, detrás de su silla; una atmósfera de paz y de dulce tranquilidad reinaba en torno de aquella familia, y madama Darboys comprendió, aunque pequeño en la apariencia, cuanto valía el sacrificio de sus hijas.

—Amigo mío,—dijo á su marido,—nuestras hijas te habían preparado un recuerdo encantador. Desgraciadamente,—añadió mi-

rando severamente á su hija menor,—ha sufrido una pequeña avería, que muy en breve quedará reparada, dentro de dos días te lo presentarán.

Angela se puso como la grana, pero no dijo nada, las dos gemelas se miraron llenas de contento, y la velada terminó tomando té, helados y dulces.

## V

## Luto

Las vacaciones se pasaron mezcladas de horas tristes y dichosas de sol y de lluvia, de placeres y de penas, como todas las cosas humanas.

Germana y Valentina volvieron á Montier, y experimentaron un sentimiento de bienestar al verse de nuevo entre aquellos tranquilos muros, donde no habían creído hallar grandes dichas, pero donde tampoco habían encontrado ninguna decepción.

En el seno de su familia, aunque tan queridas, les faltaba alguna cosa: *el pensar alto* y